

La Iglesia y la Civilización en la Edad Media

Prefacio de la obra de Gustavo Schnürer.
Traducción especial para esta revista.

Se me ha conferido la distinción de pedirme un prefacio para la traducción de la obra de N. G. Schnürer, profesor en la Universidad de Friburgo en Suiza, sobre la «Iglesia y la civilización en la Edad Media». En verdad, el libro no necesita recomendación. Es de aquéllos que se imponen con su sola presentación. Sin embargo, me es muy grato expresar las bondades que le encuentro y por qué me regocijo que sea puesto al alcance del público francés y, en particular, de nuestros estudiantes, ya que para un gran número de ellos, ¡ay!, un libro en alemán es un libro cerrado. Sólo podré indicar brevemente los méritos principales, y las reflexiones que sugiere, según me parece, a todos aquellos que lo lean con atención.

El autor no se ha salido de su propósito, que no era el de escribir una historia de la Iglesia—se supone el conocimiento de los hechos e instituciones, que sólo se recuerdan cuando haya lugar—ni una historia de la civilización; se ha tomado esta palabra en un sentido muy amplio: no comprende solamente a la literatura y a las artes, sino también al derecho, a las costumbres, a las instituciones públicas y privadas. Se presenta entonces, un problema que no ha escapado a N. Schnürer: «cuál ha sido, cuál debía ser la actitud de la Iglesia frente a esta «civilización». Hoy, sus defensores y sus adversarios, partiendo de la idea, indiscutible, que ella ha ejercido una gran influencia sobre la sociedad medioeval, parecen estar de acuerdo para reconocerle el mérito de todos los progresos, o para imputarle la responsabilidad de todas las deficiencias y de todas las taras. Doble error, que llega hasta desconocer cómo se pre-

sentaba la cuestión a las gentes de la Edad Media. La doctrina—que Dante ha expresado con una fuerza y una claridad singulares y que está muy lejos de haber inventado—la doctrina, distinguía entonces claramente entre la misión de asegurar el destino sobrenatural del hombre, que es la de la Iglesia, y la preocupación de promover la civilización en la tierra, que corresponde al Estado. No faltaron nunca en la Edad Media idealistas para creer que la Iglesia permanecía demasiado ligada al mundo, prosiguiendo en él tareas demasiado humanas. Muchas cosas grandes, que hoy todo el mundo, le agradece, ya se trate, por ejemplo, de arte o de estudios, fueron ejecutadas a pesar de los escrúpulos contra las críticas persistentes. En el orden político, particularmente—N. Schnürer lo ha mostrado en un capítulo excelente, a propósito de la querrela de la pobreza—toda la Edad Media fué atravesada por un gran movimiento de protesta contra la riqueza de la Iglesia y su *inmixión* en las cosas temporales; hubo un bando de derecha otro de izquierda; éste, hereje, que comprendía a los albigenses y a los vaudois; aquél, jaloneado por los nombres de Pascal, de San Bernardo, de Gerboh de Reichenberg, quizás a pesar de su reserva, haya que nombrar a San Francisco; en todo caso y con gran certeza, Dante. Entre ambos, en la frontera, con un pié en la Iglesia y otro fuera de ella, los Espirituales.

Por lo demás, era muy difícil observar la distinción de las dos tareas reservadas a los dos poderes; en la práctica los representantes de la Iglesia la han perdido de vista a menudo, y aún en teoría. Para convencerse de esto basta con leer el excelente capítulo de N. Schnürer sobre la historia de las doctrinas políticas. A veces ellos se han encontrado frente a problemas que se les han impuesto desde afuera, y que no han tenido la iniciativa de remover.

La Iglesia nada tiene que ver con el establecimiento de la esclavitud, o de la servidumbre; y, por otra parte, como justamente lo dice N. Schnürer, en la desaparición de estos dos hechos sociales, las causas económicas han tenido más importancia que las causas religiosas. Aún más, la Iglesia no ha inventado ni destruído el régimen feudal, o las comunas, o las corporaciones de oficios; son clérigos, sin duda (pero, ¿puede decirse que sea la Iglesia?) los que han provocado el renacimiento del derecho romano, o descubierto a Aristóteles, doctrinas que causaron tantas dificultades e inquietudes a la Iglesia, antes que ella se las haya asimilado. La Iglesia ha debido acomodarse todo el mundo exterior a ella; ella lo ha soportado más de lo que había sido necesario; ella lo ha aceptado, utilizado, más o menos penetrado en su espíritu. Se trata, por ejem-

plo, de los orígenes del humanismo y del Renacimiento; N. Schnürer ha renunciado a la concepción un poco simplista de un doble movimiento de ideas: el «verdadero Renacimiento», cristiano, y «el falso Renacimiento», pagano; él ha hecho ver la verdad: un movimiento único que arrastra a los hombres más diversos, más ligados por la comunidad de cultura, que separados a veces por la diferencia de sus opiniones religiosas; muy alejados, en todo caso, de formar dos partidos separados; hasta el día en que el siglo XVI, y notablemente los jesuitas, constituyeron ese clasicismo cristiano por el cual la Iglesia se asimiló lo que podía serlo en la cultura antigua. Ejemplo notable de un fenómeno que se ha repetido a menudo.

Si se trata de la política propiamente dicha, la Iglesia no ha conducido y dirigido al mundo medioeval tanto como a veces se dice.

Ella ha hecho a la Europa latina el gran servicio de darle una comunidad de cultura que no habría tenido sin ella. Pero no ha podido y quizás no ha querido impedir el nacimiento de las nacionalidades. En cuanto a la «Sociedad de las naciones», a la «República cristiana» que funcionan bajo la autoridad moral de la Santa Sede, habrá talvez muchos lectores sorprendidos de que N. Schnürer no hable... sino para lamentar que no haya podido constituirse. ¿Se estuvo siquiera cerca de ello? La Iglesia ha tenido además el gran honor de formular una doctrina política que afirmaba la subordinación de la política a la moral, consagraba las ideas de derecho y de legitimidad política, el principio de que el soberano es hecho para el pueblo y no el pueblo para el soberano, no admitía la razón de Estado, y condenaba de antemano lo que se llama el maquiavelismo. Pero es una gran ilusión creer que aún en «los siglos de fe» ella fué comúnmente escuchada y obedecida por los reyes y los pueblos. Está muy lejos de haber podido hacer prevalecer siempre su doctrina, y aún más de una vez sus representantes la han olvidado.

Al final de su obra, N. Schnürer habla a menudo de decadencia; está claro que «el otoño de la Edad Media», como se le ha llamado, da la impresión de esa decadencia. Hasta se diría que la Iglesia ha perdido en él la facultad de rejuvenecimiento y de reforma, que había desplegado más de una vez. Y sin embargo, ésta no estaba apagada. N. Schnürer ha hecho resaltar muy bien los síntomas favorables: el gran desarrollo de las obras de caridad y sobre todo, la preocupación creciente de la educación religiosa del pueblo, que parece haber estado más asegurada en la víspera de la Reforma, que en otras épocas, reputadas más brillantes, de la historia de la Iglesia. En todo caso, hay una virtud que en ningún

momento se podría negar a la Iglesia medioeval. Ella ha tolerado siempre, por parte de sus hijos, la crítica más libre y más atrevida. N. Schnürer se inspira en esta tradición de franqueza. Su libro no tiene nada de común con la mala y tímida apologética. Citaremos como prueba—habría muchísimas otras—la independencía con que juzga los métodos misioneros de Carlomagno. En fin, y talvez sobre todo, nos reprocharíamos de no señalar un rasgo que toma hoy una importancia particular: la serena imparcialidad de sus juicios, que no obscurecen prejuicios racionales. Teniendo que hablar de una Iglesia «católica», y de una civilización, en que han colaborado muchos pueblos, él hace la separación equitativa de la parte de cada uno. Nosotros, los franceses, en particular, no tenemos por qué quejarnos. La serenidad científica no sirve sólo a la ciencia.